



Un saludo del Presidente

«S

IERVOS DE DIOS, la trompeta tocad: ¡Cristo muy pronto vendrá!». Las palabras de este himno tan querido resuenan en los corazones de los adventistas del séptimo día mientras aguardamos ansiosamente ese gran día.

«El reavivamiento y la Segunda Venida de Jesús» es el oportuno tema de las lecturas para la Semana de Oración de este año. Un tema lleno de sentido cuando consideramos la bendita esperanza, la urgencia de proclamar los mensajes de los tres ángeles, la seguridad de la profecía, y la realidad de la primera y la segunda resurrección.

¿Qué papel desempeñan estos mensajes angélicos en el reavivamiento de la iglesia, y en cada uno de nosotros? ¿Qué relación tienen entre sí el santuario y estos importantes mensajes? ¿Cuál es el nexo entre las señales de la Segunda Venida de Cristo, el reavivamiento y la participación en la misión? ¿Cómo podemos estar seguros de la Segunda Venida y de la esperanza de la resurrección? ¿Cuál es la función del milenio y de la segunda resurrección en el contexto del gran conflicto? Estas y otras cuestiones serán abordadas en las lecturas llenas de poder del Espíritu de la presente Semana de Oración.

Le invito a unirse a mí mientras consideramos en oración estos importantes asuntos y aguardamos juntos el resultado final del reavivamiento y la reforma: la vida eterna con Dios.

Si usted tiene niños en el hogar (o si usted mismo disfruta de las buenas historias), no querrá perderse las lecturas para niños también incluidas aquí. Su autor es Charles Mills, dueño de Christian Communications, un servicio de producciones multimedia con sede en Berkeley Springs (Virginia Occidental, EE.UU.).

Que el Señor nos bendiga mientras nos unimos como familia mundial de la iglesia para estudiar y para orar durante esta Semana de Oración especial.

Ted N. C. Wilson

Presidente de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día.

CONOZCA A LOS AUTORES

Gerald y Chantal Klingbeil disfrutaban enseñando en equipo y aman a los jóvenes de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Gerald, de origen alemán, trabaja como editor adjunto de la *Adventist Review* y la *Adventist World*, y es también profesor investigador de Antiguo Testamento y Estudios del Antiguo Oriente Próximo en el Seminario Teológico Adventista de la Universidad Andrews (EE.UU.). Se doctoró en Estudios del Antiguo Oriente Próximo por la Universidad Stellenbosch (Sudáfrica), y durante las últimas dos décadas ha servido como profesor en varias universidades adventistas de Sudamérica y Asia. Chantal, nacida y criada en Sudáfrica, es directora adjunta del Ellen G. White Estate (Patrimonio White), donde centra su trabajo en niños, adolescentes y adultos jóvenes. Posee un máster en Lingüística por la Universidad Stellenbosch. Ha trabajado como profesora de enseñanza secundaria, profesora universitaria, ama de casa, escritora y redactora. Gerald y Chantal tienen tres hijas adolescentes, Hannah, Sarah y Jemima, que les ayudan a mantenerse activos.



Primer sábado

Ted N. C. Wilson

Poder para completar la obra

..... *Proclamando los mensajes de los tres ángeles*

VIVIMOS TIEMPOS ASOMBROSOS. Quienes están al tanto de la profecía bíblica y de los acontecimientos que ocurren tanto dentro como fuera de la Iglesia Adventista del Séptimo Día se dan cuenta de que Dios va a hacer algo inusual. ¡Yo creo con todo mi corazón que Jesús viene pronto! Aunque nadie debería predecir jamás ninguna fecha específica, la

Escritura nos ofrece señales que remiten a los momentos previos al retorno del Señor, ¡y esos momentos son los actuales!

Como usted sabe, la Biblia y el Espíritu de Profecía llaman al reavivamiento y a la reforma, lo que implica cumplir las instrucciones de Dios para prepararnos para recibir la lluvia tardía del Espíritu Santo, tal como la predicen Joel 2, Oseas 6 y Hechos 2. Tales instrucciones se exponen claramente en 2 Crónicas 7: 14. Dios nos habla a nosotros cuando dice: «Si se humilla mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oran, y buscan mi rostro, y se convierten de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra».

Cuando nos humillemos ante Dios mediante el poder del Espíritu Santo, orando fervientemente por su dirección, estudiando su Palabra y renunciando a nuestros planes personales, permitiendo que el Señor nos guíe a la verdad, entonces nos escuchará, nos perdonará y nos sanará. Nos conducirá

a una relación mucho más estrecha con él para que podamos contribuir a completar su obra aquí en la tierra.

Oremos como nunca hayamos orado antes. Dios nos está llamando a entablar con él una relación reavivada y reformada, a fin de que estemos preparados para proclamar los mensajes proféticos que nos ha confiado como iglesia remanente. La interpretación profética adventista de los libros de Daniel y Apocalipsis nos ayuda a preservar la solidez de nuestro marco teológico, confiriéndonos propósito, identidad y una clara visión de nuestra misión global.

Dios nos está llamando a compartir los avisos de los tres ángeles de Apocalipsis 14 para este tiempo. Si alguna vez hubo un momento para ese mensaje totalmente distintivo del adventismo del séptimo día, ese momento es ahora.

Acoger, creer, reavivar

A fin de proclamarlos, sin embargo, debemos interiorizar primero estos mensajes nosotros mismos, acogiéndolos, creyéndolos y dejándonos reavivar por ellos. ¿Cómo favorecen nuestro reavivamiento estos mensajes especiales?

Operan cambios en nosotros cuando los interiorizamos. Están llenos de luz y, cuando llegan a ser parte de nuestro ser, brillan *a través* de nosotros iluminando a los demás. Entonces entendemos cuán vitalmente ciertos son estos mensajes, y, como amamos a Dios, deseamos compartir con otros esta verdad que transforma la vida.



Los adventistas del séptimo día han sido colocados en el mundo como centinelas y transmisores de luz.

Esta es la misión que nos encomendó Jesús mismo, como se expone en Apocalipsis 14. Es la misión de su pueblo remanente, una tarea no encargada a nadie más.

En *Testimonios para la iglesia* se nos dice que «en un sentido muy especial, los adventistas del séptimo día han sido colocados en el mundo como centinelas y transmisores de luz. A ellos ha sido confiada la tarea de dirigir la última amonestación a un mundo que perece. La Palabra de Dios proyecta sobre ellos una luz maravillosa. Una obra de la mayor importancia les ha sido confiada: proclamar los mensajes del primero, segundo y tercer ángeles. Ninguna otra obra puede ser comparada con esta y nada debe desviar nuestra atención de ella».¹

Los mensajes de los tres ángeles

Los primeros creyentes adventistas predicaron el mensaje del retorno de Jesús en 1844 y afrontaron el Gran Chasco profetizado en Apocalipsis 10. Su obra, sin embargo, aún no estaba completa. Hubo un mensaje adicional que Dios quería que entregaran al mundo entero. Se divide en tres partes y se encuentra en Apocalipsis 14: 6-12.

Primer mensaje: El mensaje del primer ángel (versículos 6-7) proclama el evangelio eterno, la salvación mediante la justicia y la gracia de Dios, su poder justificador y santificador. El ángel anuncia que el tiempo del juicio ha llegado y llama al mundo a regresar a la verdadera adoración a Dios y a reconocerle como Creador.

El llamamiento a adorar a Dios como Creador sitúa automáticamente sobre las personas la responsabilidad de observar el día que honra su actividad creadora. Los seres creados no pueden honrar a su Creador mientras desobedezcan el mandato de santificar el sábado —el séptimo día de la semana— que Dios mismo apartó como conmemoración de su creación.

Durante el tiempo de angustia inmediatamente precedente al regreso de Jesús, el sábado será el asunto central del conflicto. Escribe Elena G. de White: «El sábado será la gran piedra de toque de la lealtad; pues es el punto especialmente controvertido. Cuando esta

piedra de toque les sea aplicada finalmente a los hombres, entonces se trazará la línea de demarcación entre los que sirven a Dios y los que no le sirven».²

Adorar a Dios como Creador implica que debe haber una disposición a rechazar falsas teorías sobre el origen de la vida, incluida la evolución. Es imposible creer en la teoría general de la evolución o en su versión teísta al mismo tiempo que se afirma que Dios es el Creador del cielo y de la tierra y de toda la vida que contienen. Defendamos firmemente la creación divina de este mundo por su Palabra en seis días literales y consecutivos de origen reciente, y la culminación de aquella primera semana con el mismo maravilloso sábado que disfrutamos cada siete días.

Segundo mensaje: El mensaje del segundo ángel, que se encuentra en el versículo 8 y anuncia la caída de Babilonia, fue presentado por primera vez en el verano de 1844. Como este anuncio sigue cronológicamente en la profecía a la predicación del juicio, y como las iglesias a las que se aplica este mensaje en otro tiempo fueron puras, «Babilonia» se refiere aquí a las iglesias que rechazaron la advertencia del juicio.

El segundo mensaje, «Ha caído Babilonia», se repite en Apocalipsis 18: 1-4. El pueblo de Dios que aún está en Babilonia es llamado a salir de ella para no hacerse culpable de participar en sus pecados y no recibir las plagas que se derramarán sobre ella. En consecuencia, Babilonia está constituida por las iglesias que enseñan muchos de los errores teológicos transmitidos por la iglesia de la Edad Media.

Tercer mensaje: El mensaje del tercer ángel, presentado en los versículos 9-11, contiene una clara advertencia: quienes adoren a la bestia y a su imagen recibirán su marca. Hacer eso traerá como resultado la aniquilación. El contenido del tercer mensaje se basa en la profecía del capítulo precedente, Apocalipsis 13. La bestia representa a la iglesia apóstata. El segundo animal de este capítulo, que simboliza a los Estados Unidos, crea la imagen de esta bestia. Se ofrece una definición de la imagen en *El conflicto de los siglos*.³

Podemos sentirnos muy agradecidos por la libertad religiosa garantizada por muchos



países. De acuerdo con la profecía bíblica, sin embargo, llega el tiempo en el que nuestra libertad religiosa será reducida y las iglesias controlarán al estado de tal modo que este aprobará leyes que cumplan los deseos de esas iglesias apóstatas.⁴

La marca de la bestia —observancia de un día distinto del sábado, séptimo día— es una institución que claramente evidencia la autoridad de la bestia. Una iglesia mundial se jacta con descaro de que cambió el sábado instituido en la Creación por el domingo. Otras iglesias indican que adoran en domingo en memoria de la resurrección de Cristo. Ni una ni otra afirmación tiene justificación en la Escritura. Como consecuencia de ello, se omite el reconocimiento que el Creador merece.

Un poderoso efecto

Los dirigentes religiosos apóstatas no podrán refutar la evidencia bíblica del carácter sagrado del sábado como séptimo día, y esto los llena de ira. Como resultado, los guardadores del sábado serán perseguidos y encarcelados. En medio de todos estos acontecimientos, la proclamación del tercer mensaje tendrá un efecto nunca antes visto. La gente verá que las profecías de Daniel, Mateo, Marcos, Lucas, Apocalipsis y otros libros de la Escritura se cumplirán exactamente como dijeron los guardadores del sábado que ocurriría. La formación de la imagen de la bestia y la promulgación de la ley dominical conducirán a la ruina nacional e internacional.

Quienes se aferran a su Salvador y rechazan abandonar las verdades que se encuentran en los mensajes de los tres ángeles se dan cuenta de que deben cumplir su deber de presentar estos mensajes y dejar que Dios se ocupe de las consecuencias de todo ello. Leemos que tendrán sus «semblantes iluminados» y «se apresurarán de lugar en lugar para proclamar el mensaje celestial. [...] Se realizarán milagros, los enfermos sanarán y signos y prodigios seguirán a los creyentes. [...] Es así como los habitantes de la tierra tendrán que decidirse en pro o en contra de la verdad».⁵

Un futuro apasionante

Estimados estudiantes de Daniel y Apocalipsis, este es el apasionante futuro al que ustedes y yo hemos sido llamados, para ayudar a completar la gran obra de Dios proclamando estos poderosos mensajes. Solo confiando completamente en Jesús y en su justicia, y en el poder del Espíritu Santo, seremos capaces de cumplir lo que sea. Dios nos está preparando para algo inusual que pronto sucederá —el derramamiento de la lluvia tardía del Espíritu Santo— a fin de que seamos reavivados y estemos listos para proclamar con valor estos extraordinarios mensajes.

Dios está cambiando los corazones de quienes escuchan esta maravillosa verdad profética, los cuales han de tomar una

decisión por Cristo. Qué privilegio compartir este mensaje profético y pedirle a Dios humildemente el reavivamiento y la reforma a través del poder del Espíritu Santo.

¿Estamos dispuestos?

Como creyentes en la profecía, en la justicia de Cristo y en su pronta venida, ¿estamos dispuestos a renovar nuestro compromiso con Jesús siguiendo su ejemplo de advertir al mundo y compartir su amor? ¿Estamos dispuestos a difundir los mensajes proféticos distintivos de los tres ángeles? ¿Estamos dispuestos a ser utilizados por Dios en estos últimos días de la historia de la tierra para compartir con celo y poder su mensaje final de redención, amor y juicio?

Entonces primero acojamos y creamos estos mensajes nosotros mismos, permitiendo que nos reaviven, nos reformen y nos transformen, para que la luz de la verdad brille a través de nosotros en medio de un mundo en tinieblas.

Un día, muy pronto, miraremos hacia arriba y veremos una nube oscura y pequeña, del tamaño de la palma de la mano de un hombre. Se hará cada vez más grande, y cada vez más brillante. Millones de ángeles formarán esa maravillosa nube con un arcoíris sobre ella y un relámpago debajo. Justo en el centro de esa increíble nube se hallará Aquel a quien hemos estado esperando: nuestro Salvador y Señor, Jesucristo, que viene como Rey de Reyes y Señor de Señores. ¡Vaya día será ese!

Si desea usted someterse humildemente al Señor, a Quien inspiró la redacción de los libros de Daniel y Apocalipsis, a Quien nos dio los mensajes de los tres ángeles y nos invita a reavivarnos gracias a ellos, y a proclamarlos, y a Quien puede salvarnos por medio de su manto de justicia y su poder santificador para que lleguemos a ser más y más semejantes a él; si quiere usted pedirle que él le use para compartir sus mensajes proféticos en esta hora trascendental del tiempo del fin de la historia terrestre, le invito a que en este mismo momento, mientras lee usted esto, dondequiera que esté, incline la cabeza y se comprometa con Cristo, rogándole que le reavive por medio de una comprensión y aceptación de sus poderosos mensajes de los tres ángeles. Entonces él le dará el valor y la fortaleza para compartir estas asombrosas verdades con el mundo.

¡Jesús viene pronto!

Ted N. C. Wilson
Presidente de la Asociación General
de los Adventistas del Séptimo Día.

1. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, t. 9, pág. 17.

2. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos* (Doral [Florida]: IADPA, 2007), pág. 591.

3. *Ibid.*, pág. 437.

4. *Ibid.*, págs. 439-440.

5. *Ibid.*, pág. 597.



Domingo

Gerald y Chantal Klingbeil

«Sabía que vendrías»

La certeza de la Segunda Venida

FUE UNO de los más devastadores terremotos que jamás golpearon Armenia. El 7 de diciembre de 1988, a las 11:41 horas de la mañana, hora local, la región septentrional de ese país, en torno a la ciudad de Spitak, fue sacudida por un grave seísmo de 6,8 grados en la escala de Richter que destruyó pueblos, derribó casas, y costó la vida a más de treinta mil personas. Desde entonces, la historia de un padre anónimo buscando a su hijo en una escuela destruida ha sido motivo de inspiración para millares.

Inmediatamente después del temblor inicial, el padre se precipitó a la escuela, que había quedado totalmente arrasada. Recordando una promesa que había hecho mucho tiempo atrás, empezó a cavar, usando para ello simplemente sus manos. «No importa lo que ocurra, siempre estaré disponible para ti», le tenía dicho a su hijo pequeño cuando este sentía miedo.

Calculando cuál era la ubicación aproximada del aula de su hijo, empezó a remover escombros y hormigón. Llegaron por allí otras personas que, tras internarse en el área devastada, trataron de sacarle de ahí, pero no lograron distraerle de su misión. Él había hecho una promesa. Los bomberos y el personal de emergencia intentaron detenerle. Debido a los escapes de gas, existía un verdadero riesgo de incendios y explosiones. «Nosotros nos ocuparemos de su hijo», le dijeron. «No hay manera de que haya podido sobrevivir a esto».

Pero el padre siguió escarbando, moviendo una piedra tras otra. Finalmente, tras treinta y ocho horas de actividad, oyó

súbitamente la voz de su hijo. «¿Eres tú, papá? Sabía que vendrías. Les dije a los demás niños que no se preocuparan, porque tú me prometiste venir a buscarme». Aquel hombre salvó a catorce muchachos ese día, incluyendo a su hijo. Cumplió su promesa.¹

Otra espera

Llevamos mucho tiempo esperando desde que los ángeles dijeron a los discípulos: «¿Por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como lo habéis visto ir al cielo» (Hech. 1: 11).

Pablo esperó (ver Rom. 12: 11-13; 1 Tes. 1: 10); Pedro esperó (1 Ped. 1: 7-9; 4: 7; 2 Ped. 3: 9-14); Juan esperó (Apoc. 22: 12, 20); y otros millones de seguidores de Jesús han esperado desde entonces. A menudo, quienes aguardaban el glorioso retorno del Maestro se encontraron a sí mismos encarcelados, perseguidos o ridiculizados. Otras veces, la tibieza amenazó con transformar lentamente a fervientes discípulos en meros espectadores curiosos, más interesados en las últimas modas y novedades del mercado que en la venida de su Señor. Esperar no siempre es fácil.

Aprendamos de Hechos

La iglesia cristiana primitiva, tal como se la describe en el libro de Hechos de los Apóstoles, ofrece un magnífico ejemplo de *cómo* podemos esperar. Una vez que dejaron de mirar al cielo, iniciaron su espera. Mientras esperaban, empezaron a orar (ver Hech. 1: 14). Mientras oraban, se unieron más estrechamente (2: 1). Entonces sucedió: la espera en oración



se convirtió en audacia llena del Espíritu. El reavivamiento los guió hacia un incontenible énfasis en la misión. El testimonio de Pedro, traducido por el Espíritu para llegar a los corazones, condujo a un gran número de conversiones. Tres mil se bautizaron ese mismo día, y eso era solo el comienzo (versículo 41).

El espíritu fraternal, la práctica de la oración, el cuidado de las necesidades de la nueva comunidad, y el culto centrado en Dios condujeron al crecimiento de la iglesia, cuyos nuevos miembros «el Señor añadía cada día» (vers. 47). Personas tímidas, preocupadas, sin energías, se transformaron en predicadores valientes, convincentes y entregados a la misión. La persecución los empujó a Samaria, Asia Menor, Roma... hacia todas las direcciones del orbe. Esperaban y se apasionaban proclamando al Salvador resucitado en un mundo en el que la cruz para la mayoría era sinónimo de locura (1 Cor. 1: 18).

Dos factores clave los impulsaron a ir hacia delante: el primero, habían estado con Jesús. Hablaban de un Salvador al que conocían íntimamente. Habían experimentado al «Dios con nosotros» en persona, y esa experiencia los había transformado.

El segundo factor era que se hallaban profundamente arraigados en la Escritura y prestaban atención a la profecía. El sermón de Pedro en Pentecostés está lleno de citas del Antiguo Testamento. Habían visto el cumplimiento de los tiempos divinos en la llegada del Mesías (ver Gál. 4: 4), y confiaban en los planes cronológicos del Señor para el retorno del Hijo.

He aquí algo que podemos aprender de la iglesia primitiva: al igual que los antiguos discípulos, necesitamos conocer a nuestro Salvador de manera personal e íntima. La gracia no puede comunicarse de oídas. La salvación no se gana mediante vínculos de sangre o registros de membresía. Un encuentro personal con el Señor resucitado es el fundamento de la espera confiada. Confiamos en las personas que conocemos realmente; y para conocer realmente a Jesús, necesitamos pasar tiempo con él en conversación y oración, y estudiando su Palabra.

Otra importante faceta de nuestra espera de Jesús implica comprender el mensaje profético de Dios para nuestro tiempo.

Desde el final de las profecías de tipo cronológico en 1844, estamos viviendo en el tiempo del fin. Daniel 9: 24-27 nos ayuda a fijar el comienzo del largo periodo de dos mil trescientas tardes y mañanas (o días), presentado en Daniel 8: 14, que a este profeta tanto preocupase. Se trata de las setenta semanas que fueron «cortadas» (Dan. 9: 24 RV90) de ese periodo profético mayor iniciado en el año 457 a.C., cuando el rey medopersa Artajerjes I le otorgó a Esdras una amplia autoridad para hacer «con el resto de la plata y del oro» lo que «mejor» les pareciera (Esd. 7: 18 NVI). Esto permitió que Esdras reconstruyera definitivamente las murallas de la ciudad de Jerusalén, proporcionando un claro nexos con Daniel 9: 25 y la emisión del decreto «para restaurar y edificar a Jerusalén».

La profecía bíblica es digna de confianza. Cuando llegó el momento exacto, predicho por los profetas y videntes, Jesús entró en la historia y la cambió para siempre. Si los hitos divinos de la cronología profética tienen sentido y son fiables, ¿no podremos confiar plenamente en quien dijo: «¡Vengo pronto!» (Apoc. 22: 12)?

¿Cuán pronto es «pronto»?

Los primeros adventistas entendieron que «pronto» para Dios era verdaderamente *pronto*. Sus vidas, sus prioridades, sus esperanzas se centraban en este glorioso momento de la historia. Pronto Jesús vendría a llevarse a casa a sus redimidos. Sin embargo, ya han pasado más de ciento setenta años desde entonces.

«¿Cuán pronto es pronto?», nos preguntamos mientras esperamos. Sí, las señales de su venida son visibles y acumulativas (ver Mat. 24): podemos ver esto cada vez que encendemos nuestro televisor, visitamos nuestras páginas favoritas de Facebook, o leemos las noticias sobre guerras, catástrofes naturales, hambre, enfermedades, crueldad, falta de valores o de sensibilidad moral, y desigualdades sociales. Cuando nos miramos a nosotros mismos, podemos incluso ver la autocomplacencia laodicense. Claramente este mundo está en crisis: crisis moral, económica, social y ecológica.

Sencillamente, la vida no puede seguir así siempre. Nuestros recursos son limitados; nuestros problemas parecen irresolubles; nuestro egoísmo es ilimitado. Sin embargo, tenemos la esperanza que solo Cristo imparte. Como los discípulos, vivimos una vida de servicio activo mientras esperamos. Como los discípulos, nos agarramos a la mano del Maestro mientras esperamos. Como los discípulos, afirmamos nuestra fe gracias a la «palabra profética más segura», que nos guía como «una antorcha que alumbra en lugar oscuro» (2 Ped. 1: 19).

De manera similar a Pentecostés, podemos ver al Espíritu Santo trabajando en torno a nosotros. El mensaje del pronto retorno de Cristo está transformando vidas y adentrándose en pueblos, en áreas urbanas marginales, en las selvas y en las cimas de las montañas. Esperamos y servimos porque ese ha sido el *modus operandi* de los hijos de Dios desde el día en que los discípulos vieron desaparecer a Jesús en las nubes del cielo.

Oramos en una época en la que el reino de Dios se ha ampliado. En medio de las penas y dolores de este mundo, incluso en medio de nuestro propio sufrimiento, esperamos paciente y confiadamente. Y en ese gran día que eclipsará a todos los demás días, correremos a los brazos de nuestro regio Salvador y le diremos: «Jesús, sabíamos que vendrías a buscarnos, pues así nos lo habías dicho».

1. Basado en Jack Canfield y Mark Victor Hansen, eds., *Chicken Soup for the Soul* (Deerfield Beach [Florida]: HCI Books, 1993), págs. 273-274.



Lunes

Gerald y Chantal Klingbeil

«Solo tú eres digno»

La adoración y la Segunda Venida

LA FAMILIA llevaba mucho tiempo ahorrando para las vacaciones de sus sueños. Cuando finalmente subieron al avión y se sentaron en sus asientos, exhalaban un suspiro de alivio que expresaba: «Vacaciones, ya estamos aquí», y se quedaron dormidos. Seis horas más tarde despertaron cuando el avión rodaba por la pista del aeropuerto de destino. En este punto, imaginémosnos su sorpresa y su espanto cuando vieron a los locales embutidos en chamarras de plumas para protegerse del frío viento. Habían comprado un billete para los trópicos... y habían aterrizado en Alaska.

¿Puede usted hacerse idea del enorme estupor que sintieron? Por algún motivo, habían tomado el vuelo equivocado y ninguno de ellos lo había notado. En lugar de la suave brisa y el ligero bamboleo de las palmeras, se toparon con un viento helado y la perspectiva de nieves próximas.

Aunque puede que no tomemos el avión equivocado y acabemos en un destino completamente diferente del previsto, también nosotros podemos perder el acontecimiento más esperado. Cansados de la larga espera, distraídos por una sobredosis de noticias y entretenimiento mediático, confundidos por las posturas contemporáneas sobre Dios, los adventistas del séptimo día nos encontramos en medio de una guerra por la adoración que amenaza desintegrar comunidades e iglesias. La guerra por la adoración no es sobre estilos o instrumentos musicales. Es mucho más profunda, va directamente al meollo del asunto.

¿A quién adora usted?

La adoración fiel caracteriza al pueblo de Dios que vive en los últimos días. De hecho, el primer ángel de Apocalipsis 14, que vuela por el aire y proclama el evangelio eterno, nos desafía a «teme[r] a Dios y da[r]le gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas» (Apoc. 14: 7).

La adoración es un tema de primer orden en Apocalipsis. El pueblo de Dios adora al Cordero que está en el trono (ver Apoc. 4: 10; 5: 14; 7: 11; 11: 16). Sin embargo, es Satanás, el dragón, quien exige y ordena adoración para sí mismo a quienes viven en la tierra (Apoc. 13: 4, 8, 12, 14). Sabe que nos entregamos a quien adoramos o a lo que es nuestro objeto de culto.

Por eso la batalla prosigue cada día, por todo el mundo. Algunas personas adoran a cosas (en el pasado esto se llamaba idolatría, pero hoy lo llamamos materialismo). Otros adoran a personas. En 2010, los profesores Paul Froese y Christopher Bader, de la Baylor University, publicaron *America's Four Gods: What We Say About God—and What That Says About Us* (Los cuatro dioses de América: Lo que decimos acerca de Dios, y lo que eso dice acerca de nosotros). Sugerían que, de acuerdo con un estudio sobre enfoques religiosos, los estadounidenses tienen cuatro puntos de vista distintos sobre Dios: el Dios autoritario, el Dios benévolo, el Dios crítico y el Dios distante. No hace falta decir que nuestra percepción de la Divinidad claramente configura nuestra adoración a él. Si Dios es distante y crítico, las personas tienden a adorar de manera cuidadosa y litúrgicamente correcta. Si Dios es benévolo (lo cual ciertamente es) más que autoritario, entonces podemos considerarle nuestro «colega».



A veces parece que nos hemos hecho a Dios a nuestra imagen, en lugar de reconocer que fuimos nosotros los creados a su «imagen» y semejanza (ver Gén. 1: 27).

Adoración y reavivamiento

Un rápido repaso de la historia de Israel confirma la estrecha relación entre adoración y reavivamiento. La reforma y la restauración del templo por Ezequías fueron seguidas por la celebración de la Pascua (2 Crón. 29-30). Casi un siglo más tarde el rey Josías inició un importante reavivamiento en Israel, limpiando Judá y Jerusalén de sus lugares altos, las imágenes de Asera y otras formas de adoración idólatra (2 Crón. 34). Más tarde Josías restableció la apropiada celebración de la Pascua (cf. 2 Crón. 35, especialmente versículo 18).

Cuando nos centramos en Dios, somos renovados; nuestras prioridades quedan reordenadas; recordamos quiénes somos realmente (seres creados); reconocemos nuestros desafortunados intentos de configurar nuestro propio destino centrados en nosotros mismos. Una línea recta nos conduce del reavivamiento a la adoración renovada.

Adoración y espera

La adoración no es solo un asunto teológico relacionado con los planes de Dios en el tiempo del fin; la verdadera adoración, a diferencia de la falsa, nos orienta fuera de nosotros hacia nuestro Hacedor y Redentor. Otros verán esto de manera práctica. Santiago describe este elemento específico de la adoración: «La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha del mundo» (Sant. 1: 27).

Las personas que esperan el glorioso regreso de su Maestro y Señor no se quedan ociosas en monasterios, iglesias o campus, debatiendo acerca de las complejidades y los detalles cronológicos de ese retorno. Participan en las actividades que se realizan en sus comunidades, más bien. Sirven a los sin techo; comparten bendiciones materiales y espirituales con los oprimidos y los desmoralizados; cuidan de los enfermos y abrazan a los moribundos.

El servicio altruista nos plantea un desafío. A menudo implica dejar nuestras zonas de confort, esos lugares en los que nos sentimos como en casa. Nos lleva a emular la actitud de Jesús, quien «se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo» (Fil. 2: 7). Podemos verla en su lavamiento de los pies a sus discípulos—incluido el que finalmente le traicionaría—, y cuando le oímos recordarnos que hemos de seguir su ejemplo (ver Juan 13: 15).

La adoración y el sábado

Pregunta a cualquier adventista acerca de la adoración y de inmediato el sábado aparecerá en la conversación. Los ad-

ventistas aman el sábado. Nos recuerda nuestros orígenes, cuando un poderoso Creador nos hizo a su imagen y semejanza (Éxo. 20: 8-11). También nos dice algo acerca del Paraíso perdido y de la manera divina de llevarnos a casa, como pecadores que necesitan un Salvador y ser liberados «de Egipto» (ver Deut. 5: 12-15). La Creación y la Redención son temas importantes en nuestra adoración, y cada sábado es una oportunidad para «recordar».

El sábado, sin embargo, también desempeña un papel importante cuando esperamos el regreso del Maestro. El éxito de Satanás en reemplazar el sábado por el domingo culmina en el escenario del tiempo del fin presentado en Apocalipsis, que se centra en el verdadero día de adoración (Apoc. 13: 11-17; 14: 9; cf. la capacidad del poder del cuerno pequeño de Daniel 7: 25 para «cambiar los tiempos y la ley»). Elena G. de White predijo: «Los que honran el sábado de la Biblia serán denunciados como enemigos de la ley y del orden, como quebrantadores de las restricciones morales de la sociedad, y por lo tanto causantes de anarquía y corrupción que atraen sobre la tierra los altos juicios de Dios».¹

Los penetrantes comentarios de Elena G. de White nos recuerdan que el día de adoración no es cuestión de preferencias, sino un asunto de vida o muerte. Nuestro compromiso con la forma divina de adoración ha de estar sólidamente basado en la palabra profética y el conocimiento personal de un Salvador que sea realmente digno de ser adorado.

No hay necesidad de temer

El libro de Apocalipsis puede constituir una lectura perturbadora. Cuando nos centramos en las crisis, la persecución y la oposición a Dios, podemos sentirnos abrumados o temerosos. Sin embargo, «la revelación de Jesucristo» (Apoc. 1: 1) no se centra solo en la crisis definitiva; una y otra vez destaca el gozo final de adorar al Cordero que se sienta en el trono.

El capítulo 7 proporciona un buen ejemplo: Juan mira y ve una gran multitud que nadie puede contar y que se encuentra delante del trono. No pueden quedarse callados, no pueden permanecer en silencio. «¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!» (versículo 10), claman; luego adoran al que pagó el precio definitivo por su salvación. Su gozo nos recuerda la paz celestial y la bendición eterna. Su adoración nos anima a permanecer fieles y listos para servir. Sus cánticos nos hablan de un futuro que no podemos siquiera imaginar. No más calor abrasador, ni más punzadas del hambre, ni lágrimas y temores, ni soledad, porque «Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos» (vers. 17).

¡Unámonos hoy en adoración a él!

1. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos* (Doral [Florida]: IADPA, 2007), pág. 578.



Martes

Gerald y Chantal Klingbeil

«¿Cómo esperaremos entonces?»

La perseverancia y la Segunda Venida

HABÍA SIDO una estimulante Semana de Oración en una de nuestras universidades adventistas. El pastor había predicado sobre los eventos de los últimos días: ¡Jesús iba a venir pronto! De hecho, tan pronto que algunos padres tuvieron que mantener charlas telefónicas de este tipo con sus hijos, estudiantes en ese centro:

Hija: Papá, Jesús regresa pronto. Las señales de su venida se han cumplido. Está a la vuelta de la esquina. Creo que yo debería dejar la carrera y empezar a llamar a las puertas de la gente.

Padre: Bueno, me alegra mucho que disfrutases con esta Semana de Oración, pero, ¿por qué quieres dejarlo todo justo ahora?

Hija: Pero, papá, es urgente. No podemos seguir como si nada pasara. ¡Jesús viene!

Padre: Me entusiasma oírte hablar así. Sin embargo, ¿no crees que podrás servir mejor a Jesús cuando acabes tu formación académica? Puedes encontrar maneras creativas de compartir tu fe a la vez que sigues estudiando.

A menudo nos cuesta esperar. «¿Cuándo ganaré mi primer sueldo?», se preguntan los estudiantes universitarios cuando empiezan el último curso. «¿Cuándo llega por fin la Navidad?», inquieren los niños con impaciencia. «¿Cuándo me cu-

raré?», se plantean los que sufren una enfermedad. «La paciencia es una virtud», afirma un dicho, y las virtudes, según parece, no están de moda. Vivimos en un mundo de gratificaciones instantáneas.

Abraham y Sara tuvieron que esperar; veinticinco años, para ser exactos (ver Gén. 12: 4; 21: 5). Y esperar no siempre fue fácil. De hecho, el nacimiento de Ismael, once años después de la promesa inicial de Dios, supuso un atajo que causó mucho dolor a todos los implicados. Sin embargo, Abraham y Sara esperaron y esperaron, y continuaron asentándose en la tierra que el Señor había prometido darles. Como muchos otros que les siguieron, vivieron por la fe (Heb. 11: 8-12) y confiaron en que Dios les daría la victoria.

Lo hizo. Y lo hará otra vez en el gran día en que finalmente aparezca en las nubes del cielo. Apocalipsis 14: 12 nos habla de las características del pueblo de Dios en el tiempo del fin. Asumimos lo relativo a la fe de Jesús y a guardar los mandamientos. Nos cuesta, sin embargo, la «perseverancia» (versículo 12; cf. 13: 10), que es parte de los atributos esenciales de ese grupo remanente. Quienes lo integran son fieles; conocen los planes cronológicos divinos relativos al tiempo del fin; creen en el don profético de Dios; sin embargo, el rasgo que necesitan con mayor urgencia, impregnando todo lo demás, es la perseverancia.

La perseverancia, que es resistencia paciente, está íntimamente ligada a la fe en Apocalipsis 13: 10. Aquellos que discernen el mal y no se dejan seducir por los encantos de la bestia y sus diversas manifestaciones son pacientes y re-



sistirán. No transigirán; tampoco se ocultarán, sin embargo, en monasterios ni en remotas regiones desérticas. Residiendo, con una fe firme, en las ciudades y en otras poblaciones de este mundo, representan las manos y los pies de Jesús y están comprometidos con el servicio a los «más pequeños» (Mat. 25: 40).

La espera en el tiempo del fin

Jesús incluye una historia que mueve a la reflexión en sus sermones acerca del tiempo del fin. Describiendo una escena de juicio, sitúa a un grupo de ovejas a la derecha y a un grupo de cabras a la izquierda de una sala con un trono regio (cf. Mat. 25: 31-46). Claramente el Maestro no pretendía hablar de la cría de animales ni de las características de las ovejas y las cabras. En la historia que Jesús contó, el Rey, dirigiéndose a los justos de su derecha, los elogia por haberle alimentado cuando tenía hambre, por proveerle agua fresca cuando tenía sed, por visitarle, por vestirle, por invitarle. El Maestro dibuja el cuadro tan magistralmente que como lectores casi podemos ver el semblante avergonzado de los justos. «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento?» (versículo 37), replican. Entonces contestará el Rey: «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» (vers. 40).

La espera en el tiempo del fin es una espera activa. Incluye servir a los necesitados y asociarse con los marginados. Nos llama a salir de nuestras zonas de confort y abrazar a las personas a las que normalmente no abrazaríamos. Sea en un centro de beneficencia en los barrios marginados de una ciudad, o en una clínica pobremente equipada del África rural; sea en la sala de juntas de una institución académica que ofrece doctorados y otros estudios de postgrado, o en las comunidades más remotas del campo, Dios quiere que su pueblo muestre al mundo lo que significa realmente esperar su venida.

«Estamos velando y esperando la grandiosa y majestuosa escena que clausurará la historia de esta tierra», escribe Elena G. de White. «Pero no debemos estar simplemente aguardando; debemos trabajar y velar en espera de este solemne acontecimiento. La iglesia viva de Dios estará esperando, velando y trabajando. Nadie debe permanecer en una posición neutral. Todos deben representar a Cristo en el esfuerzo ferviente y activo para salvar a las almas que perecen».¹

He aquí otro elemento de perseverancia en el tiempo del fin: esperar que venga el Maestro y nos lleve a casa no es estar pendientes de que suenen las campanas de alarma. La gente a nuestro alrededor no necesita caer en una emoción extrema ni en rumores sobre conspiraciones que la dejan atónita. La Escritura confirma la existencia de poderes satá-

nicos dedicados a engañar, incluso, a los elegidos (ver Mat. 24: 24). La persecución, la desinformación, la distorsión, el fanatismo y la manipulación son, y siempre han sido, herramientas útiles en la caja de herramientas del archienemigo de Dios.

Sin embargo, el énfasis principal de los sermones de Jesús sobre el tiempo del fin recae en el servicio y la misión. «Y será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin» (Mat. 24: 14). Resulta animador saber que Jesús no podrá ser derrotado.

Plantando un jardín

Cada día, un conductor de autobús tenía que esperar siete minutos al final de su ruta en la parte más degradada de la ciudad. Mientras aguardaba para empezar su recorrido otra vez, se fijaba en un terreno repleto de basura. Bolsas de plástico y desechos yacían dispersos por todas partes. Jornada tras jornada, el conductor del autobús miraba a ese lugar tan cochambroso, hasta que un día tomó una decisión. Había que hacer algo respecto a esas vistas tan feas. Salió del vehículo y empezó a llenar una gran bolsa de basura con desperdicios. Siete minutos más tarde, reanudaba su recorrido por la ciudad. Esto se convirtió en su rutina diaria. Paraba, salía del autobús y empezaba a limpiar.

La gente de por allí notó el cambio. Una vez que toda la basura y suciedad quedó eliminada, el conductor del autobús trajo semillas de flores y bolsas de tierra al lugar. Comenzó a plantar un jardín. Personas que leyeron acerca de esto en el periódico empezaron a tomar el autobús hasta la parada final. Algunos ayudaron al conductor cuando plantaba y cuidaba del jardín. Otros simplemente disfrutaron de la hermosa escena. Siete minutos cada día bastaron para cambiar e inspirar a una comunidad entera.

Esperar puede ser algo desconcertante y desmoralizador; capaz de desafiarnos al máximo.

Sin embargo, en medio de nuestra espera, Dios quiere darnos la perseverancia de los santos del tiempo del fin. Mientras esperamos, se nos llama a examinar calladamente nuestros corazones, y luego a trabajar. Sí, Jesús viene pronto. Sí, busca personas cuyos corazones y mentes estén totalmente entregados. Pero mientras esperamos, sirvámosle donde estamos, con todo nuestro corazón, nuestra alma y nuestras fuerzas (ver Deut. 6: 5).

1. Elena G. de White, *Testimonios para los ministros*, págs. 163-164.



Miércoles

Gerald y Chantal Klingbeil

«Y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas»

El don de profecía y la Segunda Venida

EN LA TARDE del miércoles 25 de enero de 1837, los sorprendidos residentes de los estados de Nueva Inglaterra vieron el cielo del anochecer iluminarse con un color rojo oscuro brillante. Muchos se aterraron ante este inusual despliegue de luces de la aurora boreal; no así una niña de nueve años llamada Elena. Ella se estaba recuperando de un grave accidente y se encontraba postrada en la cama. Y mientras otros pudieron ser presa del terror, ella experimentó un intenso gozo porque pensó que se trataba de la Segunda Venida de Cristo. Anhelar y trabajar para ese gran acontecimiento es algo que siguió haciendo durante toda su vida. ¿Quién era esta jovencita que tan ansiosamente esperaba el retorno de Jesús?

Conozcamos a Elena G. de White

Elena Gould Harmon (Elena G. de White después de su matrimonio) fue una notable mujer que vivió la mayor parte de su vida en el siglo XIX (1827-1915). Sin embargo, por medio de sus escritos, sigue teniendo una influencia relevante en personas de todo el mundo. Escribió más de cinco mil artículos y cuarenta libros. Uno de sus libros más conocidos, *El camino a Cristo*, centrado en el peregrinar cristiano, ha sido publicado en más de ciento sesenta idiomas.

El don de profecía y la Segunda Venida

Pero Elena G. de White fue algo más que una escritora talentosa. La Biblia nos habla de una renovación del don de profecía dentro de la iglesia cristiana antes de la Segunda

Venida de Jesús. Joel 2: 28-29 se refiere a la promesa divina de derramar su Espíritu Santo e impartir el don de profecía.

El crecimiento dinámico y los dones espirituales visibles en la iglesia cristiana primitiva nos dan un anticipo de esta efusión del Espíritu Santo antes de la Segunda Venida. De hecho, Pedro cita a Joel en su poderoso sermón de Pentecostés (ver Hech. 2: 16-21), pero aquella no fue la única vez en que se concedió ese don.

El resto del capítulo de Joel proporciona el contexto para la manifestación del don de profecía y muestra que este extraordinario despliegue del poder capacitador del Espíritu divino tiene lugar antes de la Segunda Venida. En Apocalipsis 12: 17, Juan describe las dos principales características del pueblo de Dios en el tiempo del fin: obedecen los mandamientos divinos y tienen el «testimonio de Jesucristo». No necesitamos quedarnos con la duda de qué es el «testimonio de Jesucristo», pues Apocalipsis 19: 10 nos dice que es «el espíritu de la profecía» (cf. 22: 9).

Ayuda para prepararse para la Segunda Venida

La vida y obra de Elena G. de White representan un cumplimiento parcial de estas predicciones bíblicas. Durante sus setenta años de ministerio, recibió cientos de visiones y de sueños proféticos. Fue llamada por Dios como mensajera especial para dirigir la atención del mundo hacia la Biblia y ayudar a preparar a la gente para la Segunda Venida de Cristo. En sus propias palabras: «El mensaje que estoy encargada de anunciaros es este: Preparaos, preparaos para el encuentro con el Señor. Aderezad vuestras lámparas y que la luz de la verdad brille hasta en los lugares más apartados. Hay un mun-



do entero que espera que se le anuncie la proximidad del fin de todas las cosas».¹

Por supuesto, este don profético nunca tuvo como finalidad ser un añadido a la Escritura ni reemplazarla. La Biblia sigue siendo el único estándar por el cual los escritos de Elena G. de White y todos los demás deben ser juzgados.² Contiene las pruebas que pueden aplicarse para evaluar si su ministerio era de hecho el don profético predicho en los libros de Joel y Apocalipsis.³ Elena cumple todos los requisitos bíblicos de un verdadero profeta. Su ministerio llamó la atención a la Escritura y estimuló su estudio cuidadoso.

No se pueden leer los escritos de Elena G. de White sin adquirir sentido de urgencia. Su relación personal con Jesús empezó durante la espera de la pronta venida de Cristo antes de 1844. Y aun cuando llegó a entender que otros acontecimientos precederían a la Segunda Venida, vivió siempre animada por el entusiasmo que ese gran evento le infundía.

Vidas transformadas

Las predicciones sobre el retorno de Cristo parecen constituir un tema fundamental en muchos de los profetas del Antiguo Testamento. Una y otra vez Isaías, Ezequiel, Joel, Sofonías y otros de esos profetas predijeron la venida del «día del Señor».⁴ El anuncio de Joel es claro e inminente: «Tiembren todos cuantos moran en la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano» (Joel 2: 1).

Los escritores del Nuevo Testamento abordaron el mismo tema en sus escritos.⁵ Pedro, Pablo, Santiago y otros autores creyeron y enseñaron, todos ellos, que Jesús venía pronto (ver 2 Pedro 3: 9, 10).

Esta creencia en la pronta venida de Jesús parece haber sido el estímulo para el cambio y constituyó la fuerza impulsora de la rápida expansión del evangelio por la mayor parte del Imperio Romano en el lapso de una generación.

Y esta misma creencia tuvo como efecto la transformación de vidas, incluso la de un granjero que emprendió su propio estudio personal de la Biblia.

Tras analizar la profecía de Daniel 8, relativa a las dos mil trescientas tardes y mañanas, William Miller concluyó que Jesús iba a volver pronto. Quedó entusiasmado con la idea de que «en unos veinticinco años [...] todos los asuntos relacionados con nuestra actual condición habrían concluido».⁶ Esta buena noticia era demasiado buena para guardársela solo para sí. Aunque se sentía totalmente incapacitado para esta tarea, y sabía que no tenía formación ni experiencia como orador público, se sintió en el deber de transmitir el mensaje a los demás. La creencia en la próxima venida de Cristo resulta motivadora e inspiradora aun para el creyente más endeble.

Esta esperanza en la Segunda Venida, basada en la Escritura, fue un ancla segura para los confusos creyentes adventistas cuando Jesús no regresó en 1844, como esperaban. Los llevó de nuevo a la Escritura; al volver a estudiar las profecías, descubrieron que la fecha era correcta pero habían errado respecto al acontecimiento. En lugar de regresar a la tierra, nuestro Salvador había entrado en la fase final de su ministe-

rio en el santuario celestial. Ellos siguieron encauzados proféticamente, y creyendo que Jesús iba a regresar pronto.

Fue esta creencia en el retorno de Cristo la que impulsó el crecimiento y la expansión del adventismo desde unos cuantos cientos de creyentes hasta un movimiento mundial que suma más de dieciocho millones. A Elena G. de White esta expectativa de la Segunda Venida le sirvió de orientación para toda su vida y obra en la naciente Iglesia Adventista del Séptimo Día. El regreso de Jesús no era meramente un hipotético acontecimiento futuro. Para ella, tenía un sentido de inminencia que exigía la urgente predicación de las buenas nuevas del retorno a todo el mundo en el tiempo más corto posible. Elena escribió: «El Señor está por venir. Oímos los pasos de un Dios que se aproxima [...]. Debemos prepararle el camino desempeñando nuestra parte en la preparación de un pueblo para este gran día».⁷

En guardia frente al fanatismo

A algunos adventistas, la creencia en la pronta venida de Jesús parecía llevarlos al fanatismo,⁸ pero Elena G. de White insistió en una doctrina firmemente asentada en la Escritura, no en emociones exaltadas. En sus escritos y en su vida manifestó el delicado arte de vivir entre el presente y la eternidad. Sus cartas y sus artículos están llenos de estudios de casos reales y referencias a planes prácticos para la construcción del reino de Dios, a la vez que la atención sigue todo el tiempo centrada en la Segunda Venida. Muestran que más que inhabilitar a los verdaderos creyentes para una vida útil, es precisamente esta creencia la que nos motiva a vivir conscientes de nuestra necesidad individual y colectiva de preparar un mundo para el retorno de Jesús.

«Porque no hará nada Jehová, el Señor, sin revelar su secreto a sus siervos los profetas» (Amós 3: 7). Cumpliendo su palabra, Dios siempre ha impartido una orientación especial a través de sus profetas.

Ahora, cuando nos enfrentamos al clímax de la historia de la tierra, dejemos que Dios actúe de nuevo. Animémonos y apoyémonos leyendo y aplicando los consejos divinos transmitidos a través de los escritos de Elena White. Necesitamos captar la visión de nuestro hogar futuro en la ciudad de Dios. Él está listo para llevar a cabo un segundo Pentecostés y guiarnos por medio de su palabra profética. La cuestión es: Y nosotros, ¿también estamos listos?

1. Elena White, *Testimonios para la iglesia*, t. 9, pág. 87.

2. *Creencias de los adventistas del séptimo día* (Madrid: Safeliz, 1989), pág. 250.

3. Se han identificado cinco requisitos de un profeta. Incluyen: (1) comunicación divina a través de visiones y sueños (Núm. 12: 6); (2) acuerdo con la Escritura, la revelación previa de Dios (Isa. 8: 20); (3) remisión a Jesús (1 Juan 4: 1-2); (4) cumplimiento de sus profecías (Jer. 28: 9); y (5) los frutos del ministerio profético (Mat. 7: 20).

4. Ver, p. ej., Isa. 13: 6; Eze. 30: 2-4; Joel 1: 15; Sof. 1: 6-8; y Abd. 1: 15.

5. Comparar, p. ej., 2 Ped. 3: 1; 1 Tes. 4: 15; 5: 3; y Sant. 5: 7-8.

6. R. W. Schwarz y F. Greenleaf, *Light Bearers* (Nampa [Idaho]: Pacific Press, 1995), pág. 33.

7. Elena White, *El evangelismo*, pág. 163.

8. Para una muy amena introducción al panorama de fanatismo del millerismo posterior a 1844, ver George Knight, *William Miller and the Rise of Adventism* (Nampa [Idaho EE.UU.]: Pacific Press, 2010), págs. 209-227.



Jueves

Gerald y Chantal Klingbeil

«Cristo en vosotros, esperanza de gloria»

Seguridad y Segunda Venida

LOS EQUIPOS de rescate del Condado de Los Ángeles (California) no lo tuvieron fácil al tratar de ayudar a un hombre herido que se hallaba postrado sobre una empinada pendiente que bajaba hasta una vía de acceso. Siendo el rescate arriesgado en sí mismo, el hombre ponía las cosas aún más difíciles y peligrosas para todos. Cuando el helicóptero de rescate se situó por encima de aquel herido grave, listo para evacuarlo, él se puso histérico y empezó a revolverse. Tenía miedo de que le cobrasen por el rescate. Solo después de que el equipo logró convencerle de que la operación era absolutamente gratis, se dejó rescatar.¹

Actuando a nuestro estilo

¿Cómo se siente usted respecto a su rescate? ¿Está dispuesto a que Jesús lo lleve a cabo? ¿Estaría listo para encontrarse con él hoy mismo? Aunque todos diríamos que creemos que Jesús nos salva, la mayoría de nosotros probablemente vacilaríamos un momento con la parte de la pregunta relativa a hoy. Si Jesús viniera hoy, ¿me hallaría preparado? La norma para el cielo es elevada. Cuando examinamos con sinceridad nuestras vidas, solo podemos llegar a una conclusión: to-

dos somos pecadores (ver Rom. 3: 9). No tenemos derecho al cielo. Se necesita otra cosa.

La mayoría de las grandes religiones del mundo tienen algo en común. Sostienen que uno tiene que hacer algo si quiere conseguir algo; se ha de ganar la salvación. Incluso en el cristianismo puede deslizarse sutilmente esta mentalidad. Podemos empezar a depender de la oración, de la lectura de la Biblia, o incluso de hacer cosas buenas para obtener, de algún modo, la seguridad de que todo va a ir bien. En el fondo, late la vaga noción de que en realidad lo que me salva es Cristo *más* las cosas que yo haga.

Buenas noticias

Quizá nos parecemos un poco al hombre herido, y tenemos miedo del rescate porque sabemos que no podemos pagarlo. Hay, sin embargo, buenas noticias; son, de hecho, *noticias buenisimas*. Es cierto que todos somos pecadores, incapaces de pagar la multa. Pero Jesús murió por nuestros pecados para que nosotros no tengamos que morir por ellos (ver 2 Cor. 5: 21). Él tomó nuestro lugar en la cruz para que podamos librarnos. No tenemos que pagar por *este* rescate; ya fue plenamente pagado en el Calvario. Cuando aceptamos a Jesús como nuestro Salvador personal, podemos tener la completa seguridad de que si Jesús viniera justo ahora, nos hallaría preparados para encontrarnos con él.



Gratis, pero no barata

Dios quiere darnos la seguridad de la salvación (ver Rom. 8: 31-32). Pero solo obtendremos esa seguridad cuando dejemos de orientarnos hacia nuestros propios esfuerzos y hacia nosotros mismos, para centrarnos en lo que Jesús ha hecho por nosotros.

En este punto, muchos cristianos se ponen nerviosos. Aceptar la seguridad que Dios provee parece demasiado fácil y tienen miedo de que la salvación llegue a ser «gracia barata», de manera que los creyentes sigan viviendo en el pecado, limitándose a reclamar el perdón pero sin proceder a cambiar sus vidas. La salvación es gratuita, pero no es barata. El don de la vida eterna involucra el más alto precio que podamos imaginar. Este rescate le costó a Cristo la vida; y aunque es gratis, tenemos que cumplir nuestra parte. Una mirada más próxima a un rescate bíblico puede resultar valiosa.

Plena seguridad frente a cualquier circunstancia

Jacob sabía que necesitaba ser rescatado. Había sido informado de que su hermano, Esaú, se encaminaba hacia él con hombres armados. Las ofrendas de paz que le había hecho llegar no parecían haber dado resultado. Esaú se aproximaba resuelto a vengarse. Jacob envió a su familia delante de él por el río y, ya completamente solo, suplicó a Dios que le ayudase.

Necesitaba ser librado de Esaú, pero también sabía que él mismo —mentiroso y engañador— no tenía derecho a pedirle ayuda a Dios. Cuando esta llegó, Jacob no la reconoció. Luchó con Dios, pensando que estaba siendo atacado. Solo al amanecer, cuando se dio cuenta de con quién estaba luchando, obtuvo Jacob la seguridad que necesitaba. ¿Por qué? Jacob dejó de luchar con Dios y en lugar de ello se aferró a él (ver Gén. 32: 22-29).

Jesús nos proporciona la salvación y la seguridad que necesitamos cuando nos mantenemos unidos a él. Elena G. de White lo expresa así: «Cada alma creyente debe conformar enteramente su voluntad a la de Dios y mantenerse en un estado de arrepentimiento y contrición, ejerciendo fe en los méritos expiatorios del Redentor y avanzando de fortaleza en fortaleza, de gloria en gloria».²

Elena G. de White sigue señalando que es preciso algo más para la salvación que una mera creencia o aceptación mental. Saber que Jesús es nuestro Salvador supone más que un simple pensamiento bonito o consolador, o una sugerente idea. Implica «ejercer fe» y «avanzar de fortaleza en fortaleza».

Santiago claramente afirma que la creencia es inútil a menos que esté respaldada por la acción (ver Sant. 2: 19). La epístola de Santiago explica con ejemplos prácticos que como sabemos que Dios nos ha perdonado y tenemos fe en que nos salvará, le obedecemos. Vivir la vida con Dios tiene consecuencias prácticas en nuestras vidas. Podemos tener la seguridad de que estamos preparados para encontrarnos con Jesús si viniera hoy.

La misión de rescate final

La Segunda Venida de Jesús será la mayor operación de rescate en la historia de la tierra. La Biblia describe que el cielo se enrollará como un pergamino (ver Isa. 34: 4), y la tierra se tambaleará como un borracho (24: 20).

¿Requerirá encontrarse con Jesús un tipo especial de santidad? Algunos adventistas del séptimo día han sostenido que el carácter de Dios será reivindicado por medio de las vidas perfectas de la última generación de creyentes. Esta afirmación se basa en algunas citas de Elena G. de White sacadas del contexto del resto de sus escritos. Tal creencia a menudo conduce al miedo y tiende a dirigir el centro de atención del cristiano hacia su interior en lugar de hacia Jesús.³

Dios siempre ha querido que todas las generaciones de cristianos encuentren la victoria sobre el poder del pecado en sus vidas (ver Rom. 6: 11-14). Sin embargo, en este lado del cielo, la perfección siempre es un proceso de crecimiento, no un estado inmóvil; y nada de lo que nosotros hagamos puede cambiar esa situación. Antes bien, tenemos que continuar aferrándonos a Jesús.

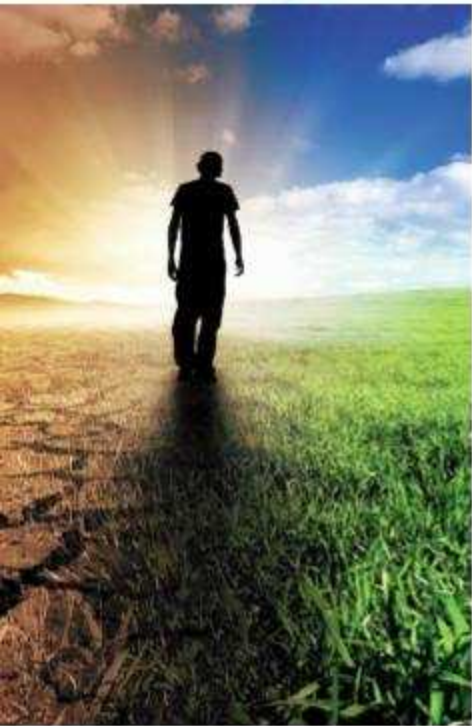
La lucha diaria consiste en librarnos de todo lo que nos separa y, como Jacob, concentrarnos en seguir unidos a Jesús en lugar de luchar contra su Espíritu o interferir en su obra tratando de echarle una mano a nuestro rescatador. Tener la seguridad de que estamos preparados para encontrarnos con Jesús no depende de alcanzar un cierto nivel. La seguridad reside, como indica Pablo, en «morir cada día» a todo lo que nos separa de Dios, y en aferrarnos a sus promesas.

Cuando el cielo se enrolla y la tierra se tambalea, podemos decir con confianza: «¡He aquí, éste es nuestro Dios! Le hemos esperado, y nos salvará» (Isa. 25: 9).

1. Ver www.coloradoSARboard.org.

2. Elena G. de White, *Reflejemos a Jesús*, pág. 66.

3. Ver Ángel Manuel Rodríguez, «Theology of the Last Generation», *Adventist Review*, 10 de octubre, 2013, pág. 42.



Viernes

Gerald y Chantal Klingbeil

El mayor terror y la mayor esperanza

La certeza y el gozo de la resurrección

ARAIZ de la publicación en 1859 de *El origen de las especies*, la demoledora obra de Charles Darwin, los científicos trataron de hallar la evidencia fósil de nuestros ancestros extinguidos. En 1910, el arqueólogo Charles Dawson descubrió lo que él pensaba que era el eslabón perdido en el registro fósil. En realidad, lo que encontró fue uno de los más gigantescos fraudes de toda la historia.

El hallazgo pronto llegó a ser conocido como el Hombre de Piltdown. Consistía en algunas piezas de un cráneo y una mandíbula con muelas. Dawson llevó su descubrimiento a un destacado paleontólogo, el cual confirmó su autenticidad.

El descubrimiento fue rápidamente divulgado por todo el mundo. Pero la mentira subyacente al Hombre de Piltdown lentamente empezó a darse a conocer. Las circunstancias y las evidencias no encajaban. En los años cincuenta, pruebas más avanzadas mostraron que el cráneo tenía solo unos seiscientos años, y que la mandíbula procedía de un orangután. Aparentemente, alguna persona entendida en la materia había limado y teñido los dientes, y había «plantado» el hallazgo.¹

«No moriréis», ¿seguro?

Hay algo repulsivo en el hecho de que nos mientan; a nadie le gusta ser objeto de una mentira. Sin embargo, las mentiras a menudo parecen creíbles, o de lo contrario no nos dejaríamos engañar por ellas. Una de las primeras mentiras se la dijo la serpiente a Eva en el Jardín del Edén. Eva creyó en la declaración de la serpiente «No moriréis» (Gén. 3: 4) y comió del fruto. Desde entonces, nos hemos asido a la vaga esperanza de que algo sigue viviendo de algún modo después de esta vida. Esta mentira ha llegado a ser uno de los fraudes más extensamente creídos. La cuestión candente para todos nosotros es: ¿Qué ocurre cuando morimos?

El sueño de la muerte

La Escritura nos dice que la muerte es un estado inconsciente. De hecho, la Biblia compara la muerte con el sueño: «Porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos nada saben, ni tienen más recompensa. Su memoria cae en el olvido. También perecen su amor, su odio y su envidia; y ya nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol» (Ecl. 9: 5-6).

Pedro reafirmó esto en el día de Pentecostés cuando habló del rey David: «Hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy» (Hech. 2: 29). Y continuó: «David no subió a los cielos» (versículo 34).



Pero aunque pueda no ser bíblico, ¿qué mal hay en creer que mi ser querido está en un lugar feliz y tranquilo?, preguntan algunos cuando luchan con la realidad de la muerte.

Creer que alguien se encuentra consciente en alguna parte después de la muerte da lugar a dos cosas. Primero, abre la puerta a la manipulación directa por fuerzas malignas, que pueden hacerse pasar por un ser amado muerto y comunicarse con nosotros. Segundo, elimina la necesidad del mayor acontecimiento de la historia: la Segunda Venida de Jesús.

El momento culminante de la historia

La Biblia señala hacia la Segunda Venida de Jesús como el gran momento culminante en la historia de la tierra. No será un acontecimiento discreto que pasará inadvertido para la mayoría de la gente. Jesús prometió que será inconfundible, similar a un relámpago que surca los cielos desde el este hasta el oeste (Mat. 24: 27). Juan añade que «todo ojo lo verá» (Apoc. 1: 7).

Será un abrumador y extraordinario espectáculo. La Segunda Venida de Cristo es la bendita esperanza de la iglesia. El regreso del Salvador será un hecho literal, personal, visible y global. Cuando tenga lugar, los justos muertos resucitarán. En tal ocasión será plenamente acertado hablar de que «los muertos se levantan».

El apóstol Pablo nos ofrece un breve anticipo en 1 Tesalonicenses 4: 16-17: «El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor».

En la Segunda Venida, los que duermen en Jesús serán levantados para vida eterna. Dado que sabemos que los muertos duermen en sus sepulturas, la promesa del retorno de Cristo y de la resurrección para vida eterna es especialmente importante para nosotros.

Un acontecimiento y dos reacciones distintas

Durante la Segunda Guerra Mundial, unos prisioneros de guerra fueron sorprendidos por el sonido de aviones volando a baja altura sobre el campo en el que estaban internados. Cuando corrieron fuera de sus barracones, todos los ojos se esforzaron por reconocer el escudo de los aviones. Entonces los prisioneros empezaron a gritar de gozo, a saludar y a abrazarse unos a otros. No eran aviones enemigos, eran sus propios aviones. La liberación era ya solo cuestión de horas. Para los prisioneros, aquel fue el día más grande de sus vidas; pero a otro grupo el rugido de los motores le provocó terror, no alegría. Los guardianes de la prisión miraban hacia arriba horroriza-

dos. Para ellos, el día del juicio había llegado. Pronto tendrían que responder por sus actos crueles. Aterrorizados, abandonaron sus puestos y huyeron hacia el bosque.

Terror y alegría

Aunque produce un gran gozo pensar en la resurrección como un momento de celebración y reencuentro, será también un día de terror para quienes no estén preparados para encontrarse con Jesús. Lo que para unos supondrá el acontecimiento más alegre en la historia de la tierra, será el momento más terrible para otros. Estos últimos estarán tan desesperados por escapar de este hecho glorioso que clamarán a las montañas y a las rocas: «Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero» (Apoc. 6: 16).

Pero ninguno de nosotros tiene por qué hallarse en este grupo. Jesús ha preparado todo lo necesario para que aguarde-mos alegremente su retorno. Tanto si la Segunda Venida se produce estando muertos como estando vivos, a raíz de ella podremos presenciar el desenlace del mayor conflicto de la historia. Podremos ser testigos de que el gran enemigo, la muerte, será derrotado y aniquilado para siempre.

Elena G. de White describe vívidamente la escena: «Entre las oscilaciones de la tierra, las llamaradas de los relámpagos y el fragor de los truenos, el Hijo de Dios llama a la vida a los santos dormidos. Dirige una mirada a las tumbas de los justos, y levantando luego las manos al cielo, exclama: «¡Despertaos, despertao, despertao, los que dormís en el polvo, y levantaos!» Por toda la superficie de la tierra, los muertos oirán esa voz; y los que la oigan vivirán. Y toda la tierra repercutirá bajo las pisadas de la multitud extraordinaria de todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos. De la prisión de la muerte sale revestida de gloria inmortal gritando: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria?» [...] Y los justos vivos unen sus voces a las de los santos resucitados en prolongada y alegre aclamación de victoria».²

No necesitamos creernos una mentira. Frente a la muerte, no tenemos que aferrarnos a la desesperada ilusión de que de algún modo, en alguna parte, la vida puede continuar. Podemos albergar la bendita esperanza que le quita a la muerte su aguijón. Podemos anticipar el gran reencuentro que tendrá lugar cuando Jesús regrese en las nubes de gloria para despertar a los muertos. Podemos proyectarnos al gran *hola* que no se acompaña de *adiós* alguno.

1. Jane McGrath, «10 of the Biggest Lies in History», <http://history.howstuffworks.com/history-vs-myth/10-biggest-lies-in-history.htm#page=6>.

2. Ellen G. White, *El conflicto de los siglos* (Doral [Florida]: IADPA, 2007), pág. 627.



Segundo sábado

Elena G. de White¹

El fin del conflicto

AL FIN DE LOS MIL AÑOS, Cristo regresa otra vez a la tierra. Le acompaña la hueste de los redimidos, y le sigue una comitiva de ángeles. Al descender en majestad aterradora, manda a los muertos impíos que resuciten para recibir su condenación. Se levanta su gran ejército, innumerable como la arena del mar. [...] Cristo baja sobre el Monte de los Olivos [...]. La nueva Jerusalén, descendiendo del cielo en su deslumbrante esplendor, se asienta en el lugar purificado y preparado para recibirla, y Cristo, su pueblo y los ángeles, entran en la santa ciudad.

Entonces Satanás se prepara para la última tremenda lucha por la supremacía. Mientras estaba despojado de su poder e imposibilitado para hacer su obra de engaño, el príncipe del mal se sentía abatido y desgraciado; pero cuando resucitan los impíos y ve las grandes multitudes que tiene al lado suyo, sus esperanzas reviven y resuelve no rendirse en el gran conflicto. Alistará bajo su bandera a todos los ejércitos de los perdidos y por medio de ellos tratará de ejecutar sus planes. [...]

Entre aquella inmensa muchedumbre se cuentan numerosos representantes de la raza longeva que existía antes del diluvio; hombres de estatura elevada y de capacidad intelectual gigantesca [...]. Allí hay reyes y generales que conquistaron naciones, hombres valientes que nunca perdieron una batalla, guerreros soberbios y ambiciosos cuya venida hacía temblar reinos. [...]

Satanás consulta con sus ángeles, y luego con esos reyes, conquistadores y hombres poderosos. [...] Al fin se da la orden de marcha, y las huestes innumerables se ponen en movimiento [...]. Con precisión militar las columnas cerradas avanzan sobre la superficie desgarrada y escabrosa de la tierra hacia la ciudad de Dios. Por orden de Jesús, se cierran las puertas de la nueva Jerusalén, y los ejércitos de Satanás circundan la ciudad y se preparan para el asalto.

Cristo coronado juzga

Entonces Cristo reaparece a la vista de sus enemigos. Muy por encima de la ciudad, sobre un fundamento de oro bruñido, hay un trono alto y encumbrado. En el trono está sentado el Hijo de Dios, y en torno suyo están los súbditos de su reino. [...] En presencia de los habitantes de la tierra y del cielo reunidos, se efectúa la coronación final del Hijo de Dios. Y entonces, revestido de suprema majestad y poder, el



Rey de reyes falla el juicio de aquellos que se rebelaron contra su gobierno, y ejecuta justicia contra los que transgredieron su ley y oprimieron a su pueblo. El profeta de Dios dice: «Vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado sobre él, de cuya presencia huyó la tierra y el cielo; y no fue hallado lugar para ellos. Y vi a los muertos, pequeños y grandes, estar en pie delante del trono; y abriéronse los libros; abrióse también otro libro, que es el libro de la vida: y los muertos fueron juzgados de acuerdo con las cosas escritas en los libros, según sus obras» (Apoc. 20: 11-12 VM).

Apenas se abren los registros, y la mirada de Jesús se dirige hacia los impíos, estos se vuelven conscientes de todos los pecados que cometieron. Reconocen exactamente el lugar donde sus pies se apartaron del sendero de la pureza y de la santidad, y cuán lejos el orgullo y la rebelión los han llevado en el camino de la transgresión de la ley de Dios. [...]

Todos los impíos del mundo están de pie ante el tribunal de Dios, acusados de alta traición contra el gobierno del cielo. No hay quien sostenga ni defienda la causa de ellos; no tienen disculpa; y se pronuncia contra ellos la sentencia de la muerte eterna. [...]

Satanás ve que su rebelión voluntaria le incapacitó para el cielo. Ejerció su poder guerreando contra Dios; la pureza, la paz y la armonía del cielo serían para él suprema tortura. Sus acusaciones contra la misericordia y justicia de Dios están ya acalladas. Los vituperios que procuró lanzar contra Jehová recaen enteramente sobre él. Y ahora Satanás se inclina y reconoce la justicia de su sentencia.

«¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre?, porque tú solo eres santo: porque todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti; porque tus actos de justicia han sido manifestados» (Apoc. 15: 4). Toda cuestión de verdad y error en la controversia que tanto ha durado, ha quedado aclarada. [...] Satanás ha sido condenado por sus propias obras. La sabiduría de Dios, su justicia y su bondad quedan por completo reivindicadas. [...]

El mal, erradicado

Dios hace descender fuego del cielo. La tierra está quebrantada. [...] Hasta las rocas están ardiendo. [...] Los impíos reciben su recompensa en la tierra (Prov. 11: 31). «Serán estopa; y aquel día que vendrá, los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Mal. 4: 1). [...] La obra de destrucción de Satanás ha terminado para siempre. Durante seis mil años obró a su gusto, llenando la tierra de dolor y cau-

sando penas por todo el universo. [...] Ahora las criaturas de Dios han sido libradas para siempre de su presencia y de sus tentaciones. [...]

Mientras la tierra estaba envuelta en el fuego de la destrucción, los justos vivían seguros en la ciudad santa. La segunda muerte no tiene poder sobre los que tuvieron parte en la primera resurrección. Mientras Dios es para los impíos un fuego devorador, es para su pueblo un sol y un escudo (Apoc. 20: 6; Sal. 84: 11).

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra han pasado» (Apoc. 21: 1 VM). El fuego que consume a los impíos purifica la tierra. Desaparece todo rastro de la maldición. Ningún infierno que arda eternamente recordará a los redimidos las terribles consecuencias del pecado.

Solo un recuerdo

Solo queda un recuerdo: nuestro Redentor llevará siempre las señales de su crucifixión. En su cabeza herida, en su costado, en sus manos y en sus pies se ven las únicas huellas de la obra cruel efectuada por el pecado. [...] Y las marcas de su humillación son su mayor honor; a través de las edades eternas, las llagas del Calvario proclamarán su alabanza y declararán su poder. «¡Oh, torre del rebaño, colina de la hija de Sión, a ti te llegará; sí, a ti vendrá el dominio anterior!» (Miq. 4: 8 VM). Llegó el momento por el cual suspiraron los santos desde que la espada de fuego expulsó a la primera pareja del paraíso, el tiempo de «la redención de la posesión adquirida» (Efe. 1: 14). La tierra dada al principio al hombre para que fuera su reino, entregada alevosamente por él a manos de Satanás, y conservada durante tanto tiempo por el poderoso enemigo, ha sido recuperada mediante el gran plan de la redención. Todo lo que se había perdido por el pecado, ha sido restaurado. [...]

«Mi pueblo habitará en mansión de paz, en moradas seguras, en descansaderos tranquilos». «No se oirá más la violencia en tu tierra, la desolación ni la destrucción dentro de tus términos; sino que llamarás a tus muros Salvación, y a tus puertas Alabanza». «Edificarán casas también, y habitarán en ellas; plantarán viñas, y comerán su fruto. No edificarán más para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; [...] mis escogidos agotarán el usufructo de la obra de sus manos» (Isa. 32: 18; 60: 18; 65: 21-22 VM). [...]

El dolor no puede existir en el ambiente del cielo. Allí no habrá más lágrimas, ni cortejos fúnebres, ni manifestaciones de duelo. «Y la muerte no será más; ni habrá más



gemido ni clamor, ni dolor; porque las cosas de antes han pasado ya». «No dirá más el habitante: Estoy enfermo; al pueblo que mora en ella le habrá sido perdonada su iniquidad» (Apoc. 21: 4) [...].

Glorias de la eternidad

Allí está la nueva Jerusalén, la metrópoli de la nueva tierra glorificada [...]. En la ciudad de Dios «no habrá ya más noche». Nadie necesitará ni deseará descanso. No habrá quien se canse haciendo la voluntad de Dios ni ofreciendo alabanzas a su nombre. Sentiremos siempre la frescura de la mañana, que nunca se agostará. «No necesitan luz de lámpara, ni luz del sol; porque el Señor Dios los alumbrará» (Apoc. 22: 5 VM). La luz del sol será sobrepujada por un brillo que sin deslumbrar la vista excederá sin medida la claridad de nuestro mediodía. La gloria de Dios y del Cordero inunda la ciudad santa con una luz que nunca se desvanece. Los redimidos andan en la luz gloriosa de un día eterno que no necesita sol.

«No vi templo en ella; porque el Señor Dios Todopoderoso, y el Cordero son el templo de ella» (Apoc. 21: 22 VM). El pueblo de Dios tiene el privilegio de tener comunión directa con el Padre y el Hijo. [...] Estaremos en su presencia y contemplaremos la gloria de su rostro.

Allí los redimidos conocerán como son conocidos. Los sentimientos de amor y simpatía que el mismo Dios implantó en el alma, se desahogarán del modo más completo y más dulce. [...]

Allí intelectos inmortales contemplarán con eterno deleite las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. [...] La adquisición de conocimientos no cansará la inteligencia ni agotará las energías. Las mayores empresas podrán llevarse a cabo, satisfacerse las aspiraciones más sublimes, realizarse las más encumbradas ambiciones; y sin embargo surgirán nuevas alturas que superar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que agucen las facultades del espíritu, del alma y del cuerpo.

Todos los tesoros del universo se ofrecerán al estudio de los redimidos de Dios. Libres de las cadenas de la mortalidad, se

lanzan en incansable vuelo hacia los lejanos mundos; mundos a los cuales el espectáculo de las miserias humanas causaba estremecimientos de dolor, y que entonaban cantos de alegría al tener noticia de un alma redimida. Con indescriptible dicha los hijos de la tierra participan del gozo y de la sabiduría de los seres que no cayeron. [...]

Y a medida que los años de la eternidad transcurran, traerán consigo revelaciones más ricas y aún más gloriosas respecto de Dios y de Cristo. Así como el conocimiento es progresivo, así también el amor, la reverencia y la dicha irán en aumento. Cuanto más sepan los hombres acerca de Dios, tanto más admirarán su carácter.

A medida que Jesús les descubra la riqueza de la redención y los hechos asombrosos del gran conflicto con Satanás, los corazones de los redimidos se estremecerán con gratitud siempre más ferviente, y con arrebatadora alegría tocarán sus arpas de oro; y miríadas de miríadas y millares de millares de voces se unirán para engrosar el potente coro de alabanza.

«Y a toda cosa creada que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y sobre el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, las oí decir: ¡Bendición, y honra y gloria y dominio al que está sentado sobre el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos!» (Apoc. 5: 13 VM).

El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De Aquel que todo lo creó manan vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor.

«Mi pueblo
habitará
en mansión
de paz, en
moradas seguras,
en descansaderos
tranquilos».

1. El contenido de este artículo está extraído de *El conflicto de los siglos* (Doral [Florida]: IADPA, 2007), págs. 643-657. Los adventistas del séptimo día creemos que Elena G. de White (1827-1915) ejerció el don bíblico de profecía durante más de setenta años de ministerio público.